

MI PELÍCULA CALEÑA FAVORITA

Agarrando Pueblo

Juan Carlos Romero C.

**Director del Programa Cine y Comunicación Digital
de la Universidad Autónoma de Occidente.**

Para mí, dos películas resumen lo mejor del cine caleño. *Agarrando Pueblo*, Mayolo / Ospina, 1978 y *Perro come perro*, Carlos Moreno, 2008.

La primera propone una postura frente al cine como expresión cultural: se burla de las formas de producción y de los tratamientos estereotipados de temas recurrentes. Esta película inaugura una manera de ver y de entender el cine. Abre camino a la irreverencia y a la burla cáustica como mecanismo de expresión subversiva frente al orden y la tradición imperante. Por su parte, *Perro come perro* propone un acercamiento profundo y diferente frente al tema del narcotráfico, acostumbrado a la desmesura y al derroche como forma de representación. *Perro come perro* fija su lente en la historia de los perdedores, esos seres marginales que despectivamente se han llamado los “lavaperros”, desmitificando cualquier atisbo de apología y revelando la profunda zozobra y el miedo que persigue a todos los involucrados en la sinsalida del narcotráfico.



Agarrando pueblo
Sandro Romero Rey

www.sandroromero.com <http://bogota.vive.in/blogs/sandroromerorey>

.....

Agarrando pueblo, de Luis Ospina y Carlos Mayolo, es, a mi modo de ver, no sólo mi película favorita sino la película colombiana más importante de todos los tiempos. Es un filme que inaugura nuestra modernidad, en el sentido más travieso del término. Treinta años después sigue siendo una película divertidísima, cruel y profunda. *Agarrando pueblo* parece un home-movie, una tomadura de pelo, un falso documental, un ejemplo de cine dentro del cine. También es la mejor evidencia de cómo la ficción y el argumental pueden estar al servicio de la realidad y viceversa. *Agarrando pueblo* implica una transición entre el cine que se hizo en Cali bajo la influencia de Andrés Caicedo y una nueva manera de enfrentarse al mundo, a la ciudad y a un país cada vez más succionado por los vampiros de la miseria.

Agarrando pueblo

Carlos Patiño

Profesor de la Escuela de Comunicación de la Universidad del Valle

.....

La mejor película caleña es *Agarrando pueblo*, de Luis Ospina y Carlos Mayolo (1978). Marca un antes y un después en el cine colombiano. Siempre, año tras año, la muestro ante mis alumnos y siempre es un éxito. Irreverencia, crítica, acidez, el primer desnudo masculino, el primer pase live, la primera limpieza de culo con billetes. Vea, vea, vea. Maestros. Benditos sean donde quiera que estén.

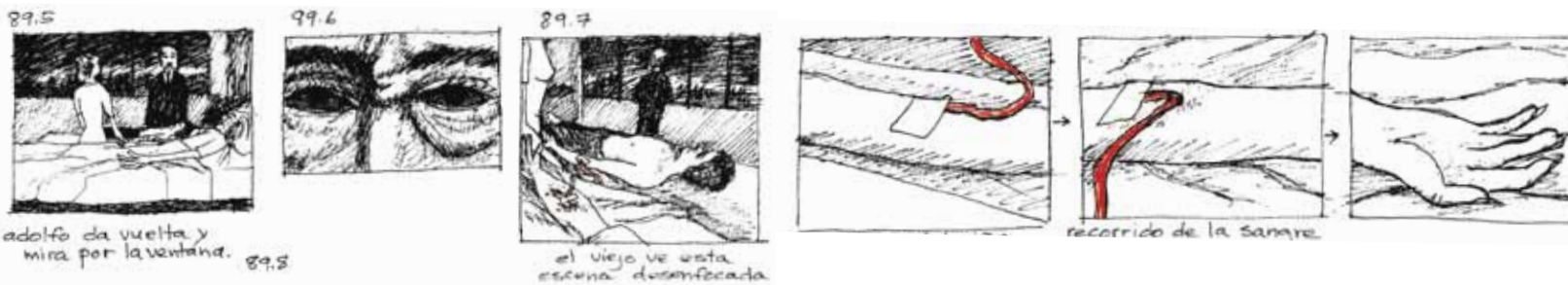


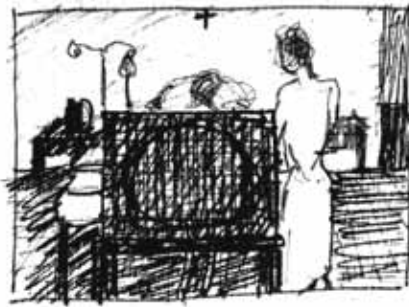
Fotos cedidas por Luis Opsina

Pura Sangre

David Muñoz / *Estudiante de Ciencia Política -- Universidad Icesi*

Todo comenzó con la búsqueda de una representación de Cali, que tuvo su grato fin en *Pura Sangre*. Esta terminó siendo horrorosa, pero para mí era algo novedoso dentro del narcollywood en el que he visto que se mueve la producción cinematográfica nacional. Esta irrupción en mi “mala impresión” del cine colombiano vino cargada de sangre, sodomía, ambición, codicia y Don Roberto; un personaje que parece una cálida combinación entre Howard Hughes y el señor Burns, quien a pesar de catalizar la historia, es levemente opacado por el trío de tangibles delincuentes, de esos que viven en la cuadra y que más de una vez nos han ayudado a empujar el carro. Sin embargo, de la mano de este inofensivo y tétrico ancianito, Luis Ospina logra construir una folklórica película de horror, en la que a partir de un mito urbano se representa a una ciudad con una élite decadente, llena de elementos muy propios como los ingenios, el paseo de olla y los diablitos.





35.13 (cont'd) DOLLY BACK



35.14



35.15



35.16



tilt down

Storyboard de Pura Sangre dibujado por Karen Lamassone

Cedido por Luis Ospina

La mansión de Araucaíma
Ramiro Arbeláez



La mayor virtud de *La mansión de Araucaíma* (1986), de Carlos Mayolo, es la puesta en escena de una cadena de aciertos que empiezan en la creación de unos personajes y una anécdota que, teniendo raíces históricas, permite lecturas muy sugerentes sobre nuestra sociedad. A tono con el suspenso que crea la anécdota, la creación del espacio y del tiempo cinematográfico por medio de la cámara, el montaje, la música, las actuaciones y los diálogos dan como resultado una obra unitaria donde se nota la mano del director de la orquesta.



Archivo de Miguel González



Página anterior / a la izquierda: Vicky Hernández y Adriana Herrán.

A la derecha, parte del equipo: Sandro Romero, Luis Ospina, Carlos Mayolo, Vicky Hernández, Adriana Herrán, entre otros. Fotos de Fernell Franco.



En esta página / Polaroids de la script Elsa Vásquez, en las que se observa la ambientación y a José Lewoy y Antonio Pitanga.

Archivo de Miguel González, director de arte de la película y curador del Museo La Tertulia.

Tacones

Hoover Delgado // Jefe del Departamento de Humanidades Universidad Icesi, Cali

Lo peor también reserva obras maestras. Será porque a diferencia de lo mejor, que nos muestra cuán perfectos podemos llegar a ser, lo peor nos enseña la plenitud bochornosa de lo que fuimos. *Tacones* (Pascual Guerrero, 1982) tiene el encanto de lo mañé, de la comedia barata, de la trama perversa y la sordera de los diálogos que hacen añorar los subtítulos, del cine que fue y aún es televisión gigante. Hasta que vienen a perdonarla la música –desde Fruko, el grande, hasta Pacheco, el monstruo–, las divas de entonces, hoy muertas o viejas –Fanny Mickey, María Fernanda Martínez, Margarita Rosa de Francisco–, y la Cali de aquellos días: la Sexta –antes de ser la nueva Octava–, las salas de cine –antes de ser tomadas por Dios–, las galladas y las calles –antes de que desaparecieran las esquinas–, y los rumbeaderos –antes de convertirse en la oficina de los narcos y las Cibeles de las “hechas”-. Creada en 1981, *Tacones* es la mata del candor: nostalgia edulcorada de los setenta e ingenuidad frívola de los ochenta. De la Cali que saltaba gozosa con Evelio Carabalí a la Cali arrodillada como cualquier jugador de fútbol que canta su gol junto a una raya blanca.



Agarrando Pueblo / Carne de tu carne
Margarita Cuéllar // Papel de colgadura



Foto promocional de *Carne de tu carne* de Fernell Franco

Dos películas me vienen a la cabeza. La primera es *Agarrando Pueblo*. Por todo: por la reflexión que propone sobre el oficio del “documentalista”, la burla a la pornomiseria, la escena que da el título a la película (el “loco” memorable que la pronuncia en un ronco destornillado: “Ajá, conque *Agarrando Pueblo*, ¿no?”) y por el protagonista, Carlos Mayolo (en camiseta esqueleto paseándose por las calles del centro de Cali), sexy, barrigón, grosero.

La otra película que tanto me agrada es *Carne de tu carne*. Me gusta el retrato íntimo de la decadencia de las élites del Valle. Me gustan las imágenes de sus protagonistas tomando la sangre de unas gallinas asesinadas. Me gusta la cercanía de sus encuadres. Me gusta que encierra una especie de fuerza del más allá que parece sobrecoger a sus protagonistas. Me gusta su exceso, que a la vez es contenido, y la manera como se acerca al incesto, a lo prohibido. Me gusta cómo teje sobre unas realidades sociales importantes de la década de los 50 y cómo las esconde tras una historia de amor que no puede ser.

Angelita y Miguel Ángel

Santiago Andrés Gómez

Crítico de cine / Revista Kinetoscopio

Mi película caleña favorita es una mezcla rara de talentos. Por un lado Luis Ospina, que la rescató y editó con la lucidez que lo caracteriza. Por otro, Mayolo, que la problematizó llevándola a dimensiones de la realidad ingobernables. Y, por último, Andrés Caicedo, que congregó todas las fuerzas, imprimiéndole su lirismo encantador, por primera y única vez en la dirección de cine. Hablo de *Angelita y Miguel Ángel*, una cinta inconclusa que me sigue pareciendo uno de los momentos más inspirados de nuestro cine colombiano. Cada vez que la veo, el diálogo telefónico de los adolescentes me pone a llorar y su final exaltado me hace levantar de un brinco.